

HIMNO A LA BELLEZA DE LOS ANIMALES

Carlos Clementson

Míralos cómo pasan por tu lado, o tendidos poseionan la tierra con gentil abandono. Míralos cómo viven, cómo cantan los pájaros, con la clara armonía de un riachuelo en las piedras, fluyendo con sus flancos transparentes de música, liberales brindando su inocencia a tus ojos.

Serenos y graciosos, sin angustia del mundo ni conciencia siquiera de añoranza o naufragio, flotan como los ángeles, como nubes felices, y este mundo es su cielo, y este azul su universo, y en sus aguas celestes abrevan su pureza.

Ante nosotros pasan como un manso cortejo dejándonos un poso de nostalgia en los ojos; nosotros, los desnudos a la luz de la helada, los que pisando vamos horizontes sin dueño, barbechos pedregosos sin un pozo siquiera, ciudades que en sus ángulos nos congelan el alma: los precarios, los débiles.

El viento del verano dulcemente los lleva esbeltos e inocentes en sus brazos veloces, y brincan, corren, saltan como espumas gloriosas, como delfines fúlgidos bajo la luz girando, como las aguas vivas que en las playas se tienden, como el enorme viento de agosto en las llanuras.

Ellos transcurren gráciles, terrenales, ligeros, ungidos solamente de su propia armonía, sin oscuras memorias ni zozobras futuras: ellos, los naturales como el agua que fluye, los sagrados, los diáfanos; y el mundo es blanda alfombra para sus zarpas puras, y el día los acoge como un cielo inefable, y con su oficio cumplen, y más no necesitan.

Revelación no aguardan ni mascullan salmodias por conjurar el tedio o el terror del abismo. Su talismán tan sólo es su instinto acertado, su rugiente ternura de amorosos desnudos de pletóricas formas y ondulantes cadencias.

La libertad se cumple en sus patas ligeras. Puro presente, el tiempo por sus flancos resbala como la lluvia. Nada su conciencia perturba. Nada se agosta en ellos: todo es flor sin otoño.

No desesperan nunca. Ni desazón ni prisa abruma su prestancia, su gentil compostura. No devastan, ni el odio se aposenta en sus garras

ni el rencor en sus pechos clava sus torpes uñas. La mezquindad no habita en sus plenos poderes, ni ignominia ni lucro. No atesoran, no ahorran; no acumulan, insanos, ni se visten o tejen costosas vestiduras. Pompa y lujo son ellos por su mera radiante gentileza desnuda. No afilan sus espadas ni otras armas conciertan que sus diáfanos dientes o sus zarpas de musgo. Cuando mueren lo hacen con la fresca inocencia con que, al paso, se vencen de algún árbol las hojas.

Los ángeles del mundo por sus ojos nos miran.

Su nobleza o su gracia no consiente otro alarde que el ardiente reclamo del amor en su fiesta. Y así, hermosos, ingenuos, musicales, se cumplen felizmente en sus límites, casi sin ser notados bajo el sol o la lluvia, diciéndose a sí mismos.

No proyectan ni anhelan. No van a parte alguna. Simplemente transcurren como mínimos dioses, como dioses anónimos por sus mínimos cielos, una estela dejando de beatitud, o de dicha.

Odio, envidia ni usura entorpecen su paso. El daño gratuito o el dolor no lo entienden. Ellos pasan, discurren, ni siquiera se toman animalmente en serio. Son tan sólo. Presente; acto de ser: la vida. Como nube en el viento.

Nunca la incertidumbre sus gargantas reseca con su sal insaciable; ni tristezas ni muerte ante sí tejen, lívidas, sus precarios fantasmas. Nada buscan ni esperan. En sí mismos se bastan en perfección colmada, como el ave en su vuelo, como el sol en sus rayos, la noche en sus abismos.

Nunca el tedio los ronda con sus grises jaurías ni el dogal de la angustia. Ellos cantan, exultan, rugen, ponen al rojo la vida en sus gargantas, y la vida se hace más radiante en su salto y más vertiginosa su corriente y más clara.

Ni pesadumbre alguna, ni temor o esperanza constriñen su fortuna. Nada añoran ni aguardan próximo ni remoto. No recuerdan. No saben. El pasado no existe. No existe la memoria. El instante es su reino. No piensan en su muerte, y cuando ésta se acerca —blanda, lenta, sin ruido— es un cerrar los ojos para un sueño más largo.

Ellos no se preguntan. Cantan, rugen, se aman, colmados de sí mismos —esplendor y deleite—, fatigando las selvas o ilustrando las plazas de su fulgor, espléndidos e ignorantes a un tiempo de su propia hermosura, pues la dicha del ser es inconsciente y pródiga como un cuerpo lozano que no se extraña nunca de su propia abundancia, o el mar que no se admira de sus olas crecientes ni se duele tampoco de sus aguas vencidas.

La armonía de sus pasos nos viene de muy alto tal rocío que perla sus elásticos miembros. Son la gracia del mundo, su pureza, su fuerza, que la gloria de Dios cantan por las praderas.

Otras veces reposan, y la vida, más honda, se remansa en sus ojos, claros lagos sin niebla, y el mundo en sus cristales más radiante se copia, más esbelto y cernido, como un alba inocente. Por ello son la aurora, y el instante, y el cántico del azul en los aires como un agua que rompe.

Cuando mueren se tienden lentamente, sin ruido, bajo el árbol benigno o al calor de la lumbre, y Dios, desde su nube, les sonríe satisfecho, y acaricia sus testas con su gran mano blanca; y despunta otra aurora, y despiertan de nuevo, y amanece otro día

y con la luz renacen.

Poemas

Como si París no fuera
la ciudad ingrata en que Vallejo se moría
y no hubiera una lluvia
golpeando a todas horas las ventanas.
Como si no tuviéramos demasiado rumor acumulado
y éste fuera el día libre, alegre,
que queríamos.
Como si ahora llegara el amor nuevo,
y no el cansancio de tantas despedidas.

Y como si París, en fin,
pudiera seguir siendo una fiesta,
no la ciudad hostil en que Vallejo
y Cortázar se morían.

Poemas morales

I

No hay trébol de cuatro hojas.
Y tú lo buscarías,
para qué
inútilmente.
Y aun cuando alguno hubiera,
y el azar, cualquier día,
lo acercara a tu mano,
sabrías darte cuenta:
precisamente,
los tréboles perfectos
sólo tienen
tres hojas.

II

Contra el arco del cielo
todo beso se vuelve inevitable.
No hagas vanos propósitos:
ninguno durará bajo la luz de Sirio.

POEMAS

Aurora Saura

Vermeer, la muchacha de la perla

No dejes de mirarme:
ahora que me aparto,
cuando creo que me estoy alejando
y me detengo aún
en tu oreja que brilla,
temo que otra llamada
te traiga desde ahí dentro,
y se te ocurra, de pronto, volverte
hacia ti misma.
Temo que se me escape la turbadora
certeza de esos ojos
que aguardan tenazmente
y nos abarcan.
Y temo que con ellos
se desvanezca el día,
y estos muros, y todos los objetos
que llamamos reales.
Y ya no encuentre
en dónde quedo yo, ahora
que el ser que tengo
depende tan absoluta, tan exactamente,
de la mirada
con que me señalas.